

La perspectiva del regreso

La política económica debe ajustar sus medidas a una secuencia: no se ha de ver la crisis como una emergencia en que todo debe ser resuelto a la vez, porque entonces nos parecerá que no tiene arreglo"

ALFREDO PASTOR - Profesor Ordinario del IESE

LA VANGUARDIA - DINERO - 13.09.09

A la vuelta de las vacaciones solemos estar dados a la melancolía: para unos, las vacaciones son una visión fugaz de lo que muchos quisieran que fuera su vida; a otros les permite disfrutar de lecturas, paseos y conversaciones que la vida cotidiana les arrebatará. Para la mayoría, el regreso significa la reincorporación a un trabajo no siempre gratificante; es frecuente, sin embargo, que esa reincorporación se produzca en un ambiente de optimismo: por una parte, el verano suele ser una época próspera para la economía española; por otra, las vacaciones nos han dado la energía necesaria para afrontar el curso con mejores ánimos.

MALO, PERO PREVISTO Esta vez no sucede así: la temporada turística no ha sido buena; el desempleo sigue creciendo; las perspectivas de crecimiento para 2009 son malas (casi un cinco por ciento de caída del PIB), y las de 2010 no mucho mejores (algo más de uno por ciento negativo); la prensa extranjera no tiene para nosotros ni una frase de aliento. Y el péndulo gubernamental, pasando de un extremo al otro, cruza lo que sería una posición equilibrada a la máxima velocidad: para compensar una temporada de un optimismo desmesurado, adopta ahora un aire cariacontecido en sus comparecencias: aunque evita dar datos y proponer medidas concretas, sus representantes, sin duda queriendo dar

una apariencia de seriedad, exhiben una expresión lúgubre poco apta a tranquilizar el alma de sus administrados.

Tratemos de separar el grano de la paja. La situación no es peor de lo que habían previsto quienes siguen la coyuntura. No olvidemos lo conseguido: parece que hemos conjurado el riesgo de una depresión global, que por un momento, hace casi un año, pareció muy probable; los gobiernos han tomado el tipo de medidas que hacía falta para ello: estímulos monetarios y fiscales a una escala sin precedentes. Y ahora estamos a la espera de ver si el puente tendido por el gasto público es aprovechado por la demanda privada - inversión y luego consumo-para relanzar de una vez la economía.

Desde el punto de vista de la gestión de la demanda, podríamos decir que sólo cabe esperar a que los estímulos fiscales surjan efecto. Esto lleva tiempo, probablemente bastante tiempo, y no sabemos cuánto.

Cuando esto ocurra por fin, habrá que empezar a pensar en devolver todo el dinero repartido por el Estado a unos y a otros; y, a menos que se haya producido algún milagro de productividad, para devolver ese dinero habrá que subir los impuestos. Para entonces será bueno que el Gobierno, de acuerdo con la oposición, haya propuesto al Congreso un programa fiscal coherente y detallado, explicando cuáles son sus necesidades, qué tributos se van a modificar, con qué objeto y en qué cuantía; pero no debe dar la impresión de querer subir los impuestos ahora.

Dicho de otra forma: una crisis económica es un proceso largo, en que los acontecimientos se suceden, tal como hemos visto, en una secuencia

previsible, y la política económica debe ajustar sus medidas a esa secuencia: no miremos la crisis como una emergencia en que todo debe ser resuelto a la vez, porque entonces nos parecerá que la cosa no tiene arreglo.

LOS BROTES, DE NUEVO

En nuestro caso, la salida será lenta, y se producirá al ritmo de la recuperación del sector inmobiliario, que marca la velocidad de saneamiento de gran parte de nuestro sector financiero; como le oí decir a un amigo banquero, la crisis habrá terminado cuando la gente vuelva a comprar pisos.

De momento, esos brotes de recuperación hay que buscarlos con lupa, pero existen: otro amigo me dice que este verano ha habido más actividad en la construcción en Madrid que el verano pasado; se reanudan proyectos de construcción abandonados, ante la perspectiva de encontrar comprador; los bancos están empujando a la baja - una baja por el momento moderada-los precios de los pisos que venden; el consumo aparente de cemento, esa estadística tan aburrida, ha experimentado una fuerte subida.

Seguro que quienes siguen de cerca la economía pueden dar muchas pequeñas buenas noticias, de las que nadie hace caso. Estos delicados brotes serán triturados por la maquinaria estadística oficial, y reaparecerán en los datos agregados dentro de unos trimestres, cuando, en la economía real, ya se hayan convertido en sólidos troncos; entonces nuestras autoridades repararán por fin en ellos y darán la noticia, que ya nadie creerá: estamos saliendo de la recesión. El resto de la economía, los sectores que no han sufrido por la crisis, y algunos que se habrán

beneficiado de ella, seguirán prosperando. Así sucederán las cosas, y no sirve de nada meterles prisa.

UN POCO DE ORDEN

Un colega mío decía, hablando de las medidas de estímulo de nuestro gobierno: "la suerte está echada". Creo que tenía razón. Desde la Administración del Estado se ha hecho lo que se podía hacer. Luego veremos proyectos mal ejecutados, inútiles o superfluos; pero se trataba de mantener la demanda, y eso se ha hecho; ahora hay que esperar que la cosa marche, porque ya no hay margen para más gasto.

Pero esto no quiere decir que el gobierno deba estar cruzado de brazos; en primer lugar, porque hay muchos asuntos muy importantes que arreglar, desde nuestra política exterior hasta nuestra educación, que no tienen que ver con la gestión macroeconómica, y que no son cosa de presupuesto. En segundo lugar, porque el Gobierno, y, en especial, su presidente, debe cumplir con su obligación de infundir confianza a la gente.

Para ello, la primera condición es que dé la impresión de saber dónde estamos; la segunda, que aparezca como alguien que sabe dónde quiere ir. No hace falta decir que, desde hace tiempo, se ha esmerado en incumplir una y otra. No podemos ayudarle en la segunda, pero sí en la primera: nuestro Presidente está rodeado de gente capaz de darle diagnósticos, análisis y estimaciones de lo que quiera; pero los ha reducido, a fuerza de sorpresas y desautorizaciones, a la condición de meros figurantes en sus apariciones públicas. Su principal obligación, por lo que a la gestión de esta crisis se refiere, es tratar de reparar el daño

causado sacando partido de los recursos que tiene a su disposición; no está el patio como para desperdiciarlos.